

## Sobre pétalos artificiales: poiesis y logomaquia en la poesía uruguaya ultrajoven<sup>1</sup>

**Camila Bellas**

(Consejo de Educación Secundaria, Uruguay)

*En el camino de los perros.*  
*Antología crítica de poesía uruguaya ultrajoven.*  
Estuario, Montevideo, 2018.

Versos sin fruto odia el anciano, el joven,  
Versos sin flores  
Horacio

Hambre hay, por pétalos artificiales.  
Soledad Marrero, C34



El epígrafe pertenece a una de las poetas antologadas en *El camino de los perros* y tiene la virtud del testimonio, la confesión vívida de una necesidad que nutre y explica una praxis para aprehender el mundo: la escritura poética. La imagen que evoca resulta atractiva porque abreva en el sentido primordial de la creación estética, funcionar como alivio, salvoconducto o remanso del trajinar cotidiano, de unos días que se van “sin pena ni gloria”. Así pensada, la poesía participa de cierta botánica de lo existente, cuyo atractivo es la posibilidad de germinar multiplicidad en un orden que se presenta unívoco, inexorable y desalentador. En esta línea ya se pronunció Felisberto Hernández “En un momento dado pienso que en un rincón de mí nacerá una planta” (424) escribió a propósito de su propia ars poesis “Sin embargo, debo esperar un tiempo ignorado, no sé cómo hacer germinar la planta [...] sólo presiento o deseo que tenga hojas de poesía, o algo que se convierta en poesía si la miran ciertos ojos” (424).

Desde su nomenclatura latina, el fenómeno del lenguaje es entendido desde su sentido pragmático, su materia se ajusta a la necesidad del *communis*. Esto quiere decir que se configura pensando en su función más inminente, ser “vehículo para

establecer un puente aéreo fulgurante desde las cavernas de un ser a las de otro ser” (Inverso, 59). Con todo, Olivia Arocena, poeta antologada en *El camino de los perros* afirma, implacable, exponiendo la falacia del lenguaje entendido como comunicación: “Todos estamos TAN / inexpresablemente: / solos / inexpresablemente: / oblicuos” (44)

La soledad se expresa en la conciencia de lo indecible: entender el fenómeno del lenguaje suponiendo la posibilidad de comunicar evidencia, para quienes trabajan la palabra como materia prima, un límite inherente al código en tanto artilugio humano. Vale decir, los límites del lenguaje verbalizan la obviedad de la individualidad y su encierro, ahondando en la problemática que plantea la idea del *communis*: angostar el abismo mismidad-otredad. Y si bien es cierto que ya se ha hablado sobre la condición inefable del mensaje poético, atestiguar de qué manera esta se patentiza en los versos de un grupo heterogéneo de jóvenes enriquece la experiencia estética que ofrece la lectura de *En el camino de los perros*. La lucidez con que esta carencia es abordada y vuelta tópico resulta no menos que admirable si se considera, por un lado, que aunque redundante en materia teórica la cuestión de la inefabilidad es intrínseca al fenómeno poético y comprenderla e incorporarla a una poesis personal es participar, genuinamente, del mismo. Por otro lado, recordar que en el forjado orfebre de un lenguaje que se quiere extrañado existe el testimonio, otra vez, de una lucha entre hombre y signo, y de una angustia que la anima.

La constatación de esta logomaquia habita las páginas de la antología. La presencia de una preocupación poética genuina que entronca con la tradición sorprende, por la antigüedad y el peso de sus supuestos, que constantes, vuelven a emerger en boca de unos cuantos poetas “ultra-jóvenes” que, ante la parafernalia hipertextual posmoderna, siguen cantando la finitud del lenguaje.

Advertida la falacia del *communis* lingüístico, como instancia primera del peregrinar poético, queda echar manos a la escritura a sabiendas de su estrechez. No obstante, el desafío de los ultrajóvenes es aún mayor: habituados al mundo de la hiperconectividad, donde la interacción se reduce muchas veces a balbuceos luciferinos amparados en el anonimato y la distancia que ofrecen los soportes virtuales, y en el que las “fake news” son moneda corriente; el valor de la palabra, su juego y su sorpresa, está muy venido a menos.

La apuesta ultrajoven la devuelve a su complejidad y su espesura, instalándose su drama, su espejismo: Si “la palabra será conmovedora o no será” (Inverso, 59) la fuerza de la creación poética en la posmodernidad está en develar la dificultad que encierra todo idioma para decir y significar, evidenciar la lucha con el lenguaje para afirmar la desesperación de lo no dicho, de la barrera. Vivimos

Sin poder decirle nada  
 a quien viene en el costado  
 porque es otro y ve las cosas  
 a su modo y su silueta  
 y porque un día se comprende  
 que jamás entendería  
 lo que es para nosotros  
 esa inexpresable  
 soledad. (Arocena, 44)

Cuando las palabras proliferan sin reparos, verborrágicas, como en espiralados círculos concéntricos que descienden y se pierden en el ajeteo de los mass media, la conmoción está en señalar que aún en esa sordina, seguimos *inexpresados, oblicuos, encerrados, (inexpresablemente) solos*.

Empero, quienes advierten el automatismo (de la prácticas sociales y del lenguaje) conocen el poder de la escritura de configurarse como una espacio de novedad. “Trato y reservo / renglones / para nuevos verdes” (101) versa Nahuel Hernández, volviendo a la idea del locus amoenus que ofrece la poesía, porque

Qué será del mañana, si el hoy es de renuncia.  
 Ese día no habrá amaneceres  
 Ese día bajaré los brazos  
 y caeré como tantos muertos han caído.  
 Ese día me callaré para siempre. (275)

En ese sentido, aún cuando convivan con un tratamiento translúcido y llano de la palabra, los ultrajóvenes han elegido la lucha constante con el signo, la poesía, porque de otro modo queda aceptar el páramo, la renuncia, el silencio. De este modo los versos configuran futuro, son posibilidad incierta. Roberto Juarroz registró en su (undécima) *Poesía Vertical*

El poema es siempre tiempo joven  
 valija tibia de la vida  
 que guarda la memoria  
 maravillada, intacta  
 ya no posible ni imposible  
 de aquello de que la vida debió ser. (142)

y Ciganda, poeta ultrajoven, acompaña con sus versos

Buscar un refugio mejor,  
 un tiempo donde levantar las  
 palabras,  
 y buscar un sitio tranquilo, a

cada atardecer donde ordenar los versos  
para luego desaparecer. (276)

Porque ¿Quién no se consuela imaginando florituras de lo posible?

Adentrados en las páginas de *En el camino* resulta difícil no percibir la atmósfera baudeleriana que envuelve las creaciones allí reunidas. El lector podrá, además, corroborar en la palabra de los ensayistas (encargados de reseñar a cada uno de los jóvenes poetas) este vínculo ineludible con el legado romántico-simbolista: el hastío de lo cotidiano, la repulsión frente a la banalización del todo, el atisbo de la maravilla a costa del recogimiento y otra vez, la soledad, son los temas que a lo largo del libro van ganando el lugar de *leit motiv*. Afirma Miguel Averó, en uno de los ensayos críticos reunidos en la antología: “El poeta siempre estará solo, pero en esa soledad atravesará las ruinas” (277). Contra el spleen, en el spleen, Baudelaire desplegó su armamento retórico. Saber la ruina es inherente al espíritu del poeta, aquello que María Zambrano llamó “ética del martirio” (43). El hambre que señala Soledad Marrero es el pathos de la creación poética: escribir o no escribir poesía se define en términos vitales. Quién escribe poesía se ve arrojado a hacerlo y su ejercicio es, a la vez, consuelo y angustia porque “la cosa del poeta no es jamás la cosa conceptual del pensamiento, sino la cosa complejísima y real, la cosa fantasmagórica y soñada, la inventada, la que hubo y no habrá jamás” (Zambrano, 22)

Las voces allí reunidas vibran bajo el tenor de ese conocimiento de sí  
Me verifico y me miento  
mientras escribo  
frente a un espejo invisible  
que solamente yo puedo ver. (Hernández, 101)

escribe Nahuel Hernández en el poema *Punto y coma luego de descubrir nuevos ojos dentro de mí*, manifestando que la conciencia es un ejercicio autopoietico. De aquí que participe de la mano del engaño: relatar(se) es ficcionar(se), aún cuando nadie más que el sí mismo sea el lector de la historia. De acuerdo a esto la poesis ultrajoven está signada por una explicitación de la lucha con el logos. Cada poema, en su variedad y autenticidad, proyecta un campo donde el yo lírico batalla con un lenguaje que es incapaz de decir su verdad frente al mundo.

Hace mucho que los lápices  
dejaron de decir  
es que ya no soporto el tedio  
ni la muerte constante de las  
palabras. (272)

se lee en *Crucé las fronteras* de Florencia Ciganda.

Desde el quiebre epistémico que supone la entrada a la modernidad, la tradición poético-literaria se arma de nuevos íconos, nuevos Virgilio para nuevos infiernos. Baudelaire y más tarde Rimbaud, en ese sentido, marcarán precedente. Es pensando en estos que el novelista chileno, Roberto Bolaño define a la poesía como un “acto que tiene mucho de –es un gesto más que un acto– adolescente. De adolescente frágil, inerme, que apuesta lo poco que tiene por algo que no se sabe muy bien qué es. Y que generalmente pierde” (*La belleza de pensar*, 1999).

Subrayando la osadía como principio que marca el verdadero *camino* de la poesía, y la valentía de arrojarse a una práctica que supone una apuesta total. De ahí, esa lucidez ácida y desafiante que formula versos como los de Guillermina Sartor, en *Mamífero*:

No son tus ojos los ojos del mundo  
 [...] qué grato saberte animal a pesar de todo  
 [...] porque los animales encerrados en el tiempo  
 no se distraen con escapar algún día. (62-63)

La misma que anima la prosa poética de Rodrigo Lima en *Temporal* cuando denuncia: “Las mochilas deberían ser revisadas por los escáneres de la vida todo el tiempo. Cuando algunos se rompen, las mochilas se pueblan de armas, y tus compañeras de clase se vuelan la cabeza frente al espejo” (80).

Y es que la mirada crítica del joven no teme acusar el sin sentido de lo establecido, por eso su proclama es la renovación de las formas

Si nos cambiáramos de lugar las piezas  
 si nos desordenáramos de lugar los dientes  
 –como rebobinando el tiempo–  
 y pudiésemos descuartizar la carne  
 –las palabras–. (Sartor, 66)

Asumir el vértigo de lo nuevo no resulta atractivo para todos, y es por eso que el poeta debe errar en soledad. En la multiplicidad de estilos y voces recogidos en la antología crítica, suenan ecos de la asunción de este rol, de ahí el nombre que los reúne. Cito a José Luis Gadea, Hoski, tallerista y coordinador de los proyectos *Orientación Poesía* y *En el camino de los perros*, en el prólogo a la edición de la antología crítica de este último, cuando cuenta que el “proyecto toma su nombre de unos versos de «Sucio y mal vestido», de Roberto Bolaño (2000), en los que se dice: «En el camino de los perros mi alma encontró / a mi corazón. Destrozado, pero vivo, / sucio, mal vestido y lleno de amor. / En el camino de los perros, allí donde no quiere ir nadie»” (16).

Como proyecto editorial, *En el camino* viene a sembrar un precedente dentro de la producción poética local y contemporánea que, invisibilizada, funcionando de forma

independiente y desgajada, fue impulsada por un grupo de colegas y materializada en libro, a sabiendas del peso de su significación canónica. Y aún cuando sea un recorte del fenómeno poético vivo que lo forjó, tiene la virtud del alumbramiento. Germen artificial (por ser selección y ensamblaje) que se ofrece, tangible, como promesa de un impulso creador nuevo, auténtico y comprometido. Sintetiza Avero: “Caminar en la oscuridad portando la luz, arrojarse a las fauces de la noche con la antorcha de una nostalgia luminosa, que habla del pasado y regala, al mismo tiempo, el miramiento de un futuro posible, asequible; motivo de impulso para los siguientes pasos. Allí donde el poeta pisa habrá lastimado la oscuridad” (277).

La visión baudeleriana vuelve a ser pertinente para pensar en el perfil de estos artistas, considerando que el poeta es:

Aquel cuyos deseos son nubes esparcidas  
y que codicia, como el concripto una batalla,  
variadas voluptuosidades desconocidas  
para las que la lengua mortal nombres no halla. (203)

Así *En el camino de los perros* es la primera hoja de un diario de viaje. Es, apenas, un fotograma en el relato de un peregrinar poético. Tiene la frescura y las ansias, el hambre, del comienzo.

No se confunda, ante los facilismos del prejuicio, la frescura con la ingenuidad de un estilo naíf. La logomaquia es un ejercicio consciente en la poesía ultrajoven que atestigua la apuesta total de la que hablaba Bolaño. Sirvan de ejemplo los versos de Eloisa Avoletta, en *Sismo*: “Me tumbo / ante lo que nunca podré decir” (305).

## Bibliografía citada

Baudelaire, Charles. “El viaje”. *Las flores del mal*. Traducido por Lidia Lamarque. Losada, Buenos Aires, 1993.

Bolaño, Roberto. *La belleza de pensar*. Entrevista de Cristián Warnken. Feria internacional del libro Santiago de Chile, 1999.  
[www.garciamadero.blogspot.com/2010/06/roberto-bolano-en-la-belleza-de-pensar.html](http://www.garciamadero.blogspot.com/2010/06/roberto-bolano-en-la-belleza-de-pensar.html)

Hernández, Felisberto. “Explicación falsa de mis cuentos”. *Narrativa reunida*. Alfaguara, Montevideo, 2015.

1. La categoría “ultrajoven” proviene de la antología crítica de poesía uruguaya *En el camino de los perros* coordinada por Hoski y publicada por Estuario Editora el pasado mes de Julio, a la que refiere este escrito, exclusivamente. Fue pensada por los responsables del proyecto como un rótulo capaz de enmarcar una escritura poética heterogénea aludiendo al rango de edad de sus productores. A lo largo de la reseña la utilizaré para referirme a los poetas allí antologados.

Inverso, Julio. "XX". *Diario de un agonizante*. Edición de Daymán Cabrera. Vintén Editores, Montevideo, 2007.

Juarroz, Roberto. *Poesía vertical: Antología esencial*. Selección de Sandra Santana Mora, Beatriz San Vicente y Laura Cerrato. [www.paginadepoesia.com.ar](http://www.paginadepoesia.com.ar)

Zambrano, María. *Filosofía y poesía*. Fondo de Cultura Económica, México, 1996.